

Francisco Encina Armanet (1874-1965)

El campesino que jugueteó con la historia

Porfiado, no daba su brazo a torcer. De niño se empapó de ideas ajenas. No obstante, forjó las propias. Con imaginación e intuición hizo su historia sin miramientos. A sus detractores, como a todo lo que olía a liberal, los trató a caballos, como el campesino de vieja estirpe que fue.

PABLO PORTALES

El general Manuel Baquedano era un imbécil; el almirante William Rebolledo un sifilítico; José Miguel Carrera un desconformado cerebral; Victorino Lastarria un tarado mental; y los historiadores Diego Barros Arana, Miguel Luis Amunátegui y Crescente Errázuriz, entre otros, eran "unos miopes que cogían los hechos al bulto sin captar su sentido histórico".

Sin eufemismos, Francisco Encina, el historiador-campesino que sedujo a miles de lectores con sus once mil páginas en 20 tomos -aparecidos entre 1940 y 1952-, instaba a polemizar y discutir. Al camino le salieron el estado mayor del Ejército y la Marina; los intelectuales de orientación liberal y la propia Iglesia.

Sus atrevimientos los cultivó desde pequeño: "Es un loco, no sé para qué puede servir en la vida", gritó enfurecido su tío don Espaminondo Donoso al enterarse de la irreverencia del niño cuando comparó a sus profesores con la plaga de caracoles que, a cambio de unos centavos, el infante exterminó en el jardín de su abuelo.

Su curiosidad era inagotable. Desobediente, lidiaba con su madre en su intento de zafarse de los frenos que ponía a sus lecturas, pues ella creía que a los cinco años podrían dañarle el cerebro. Pero su primo, José Francisco Vergara, la contradecía: "Mientras su inquietud no se sacie, no encontrará orientación adecuada hacia sus estudios".

Su tía, la "loca Varas" se encerraba con él para que escuchara pasajes de libros de Heródoto y Plutarco, pero cansado -lograba huir hacia el juego del volantín, en el que eramuy competitivo.

Por los libros y las tertulias en su casa captó ideas que alentaron su imaginación, iniciando una búsqueda propia por descubrir los porqués de las cosas.

Esa afición de niño fue la novedad que, más tarde -madurada- singularizaría al historiador: a partir del material existente evocaba el pasado, lo estrujaba, para recrearlo con intuición. Su interpretación la



Desde muy joven planeó su independencia económica. Quería libertad para hacer lo que le gustaba.

presentaba bajo un estilo vivo, animado y colorido.

PATRON DE FONDO

Su fisonomía tosca, de tez oscura, facciones duras, labios abultados y con frecuencia salivantes como lo describiera su asistente, Leopoldo Castedo, delataban a un personaje firmemente ligado a la hacienda.

Sus antepasados ocuparon el valle del Maule a mediados del siglo XVII. Tres siglos después, Francisco Encina conservaba en la comarca el fundo El Durazno. Se levantaba a las seis, tomaba una sobria taza de té con galletas de agua y partía, montado en su yegua, a inspeccionar los trabajos de campo.

Era un patrón de fundo de vieja estirpe, desenvuelto en la rudeza de los oficios campesinos. Sus afectos hacia el paisaje arbóreo, el ruido de los ríos, y, sobre todo, hacia el caballo

chileno, eran indispensables para acometer su imaginativa labor de hurgar en el pasado.

Temprano cultivó su intelecto leyendo *Los pensamientos*, de Pascal; y, adolescente, lo enriqueció con filósofos como Hobbes, Locke, Spencer y Kant.

Su habilidad en el estudio la demostró cuando en mes y medio aprobó cinco exámenes de su último año de colegio, tras haberlo abandonado para ocultarse de la refriega civil de 1891.

Su familia, afiliada a los conservadores Montt-Varista, lo impulsó, a los 32 años, a una diputación por su región: Loncomilla. En dos períodos, hasta 1912, mostró sus ideas

Lela 200 páginas diarias. Los Jatos los guardaba en su mega-memoria.

nacionalistas, contrarias al liberalismo económico. Planteó una revisión de la educación chilena, carente de sentido práctico.

Pero su carácter no se avino a grupos, cinciliábulo, ni transacciones. Participó en comisiones de Hacienda y de Instrucción y terminó por refugiarse en la Biblioteca a estudiar o en el comedor, a la hora de once, a charlar.

"PARTO PREMATURO"

Nuestra inferioridad económica y la educación económica y el liceo lanzaron a Encina a la polémica. Bebedor

pecto de los demás latinoamericanos, dado que la sangre goda que circulaba en el criollo, según Encina, revelada un fondo germánico.

En su obra sobre Diego Portales, en 1934, elogió al restaurador del orden conservador roto por el "parto prematuro" de la Independencia, inducido por ideas liberal-europeas y encarnado por "ilusos", "históricos", "turbulentos" y "tardos mentales".

Encina arremetió contra la tradición documental y liberal de la historiografía chilena: "La inercia cerebral les impedía captar los factores espirituales del suceder; absorber el contenido del material y transfigurarlo en una imagen del pasado".

Diferenció la labor del investigador de la del historiador. El primero, erudito, acumula datos; el segundo, evoca el pasado investigado e intuye el sentido histórico de los hechos y, así, recrea la imagen de un pasado vivo.

Sus contradictores, como Ricardo Donoso, replicaron: "Encina jamás puso los pies en los archivos ni salió a trabajar fuera de las fronteras. Su obra fue

de la cultura germanófila, de la Prusia guillemina, embistió contra el "seudohumanismo" en el que se bañaba la educación chilena afrancesada.

Decía Encina: "Nuestra educación ha tendido a crear generaciones de burócratas y abogados, alejando a la juventud de las fuentes directas de la producción". Sostuvo que la práctica de la cultura física era indispensable para formar la disciplina y el carácter e irritar la inteligencia para la vida económica.

Concluía: "Nuestra inferioridad económica es fruto de nuestra inferioridad física y síquica, de no aspirar más allá de ser un empleado sin horizontes, dedicado a un menester servil".

Sin disimulo creyó en la superioridad del chileno res-

un trabajo de segunda mano vestida de un estilo animado".

Cuando, como integrante de la Academia Chilena de la Historia, se le premió con la Medalla de Oro, uno de los miembros, Julio Alemarte, renunció con publicidad: "Se ha premiado el plagio, la carencia de espíritu científico y las groseras injurias a los verdaderos historiadores".

Su filosofía de la historia la reveló cuando se cuestionó el que se le otorgara el Premio Nacional de Literatura, en 1955. Entonces, el escritor Manuel Rojas dijo que "este premio a un historiador, bueno o malo, era una usurpación, un atraco". Encina contestó: "La historia exige más imaginación que escribir un cuento o una novela; y para transcribirla, concebirla e interpretarla hay que sentirla".



Desobediente, lidiaba con su madre, Agustina, al intentar zafarse de los frenos que ponía a sus lecturas, pues ella creía que a los cinco años tanto libro podría dañarle el cerebro.



Su secreto estuvo en la manera de narrar. Convirtió los hechos en un espectáculo que conmovió a millares de lectores.